



AUTONOMOUS

ANNALEE NEWITZ

minotauro

ANNALEE NEWITZ

AUTONOMOUS

minotauro

Título original: *Autonomous*

© Annalee Newitz, 2017

© Traducción de Alexander Páez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0629-0
Depósito legal: B. 10.495-2019
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

BARCO PIRATA

25 de junio de 2144

La estudiante no dejaba los deberes ni un segundo y tanto trabajo iba a acabar matándola. A pesar de que los doctores le habían inyectado tranquilizantes, se había sentado acurrucada y con los dedos engarfiados sobre un teclado ausente y no dejaba de teclear. Los antiobsesivos no habían surtido efecto. Trastear con los niveles de serotonina no había dado resultado y tampoco parecía ser un trastorno disociativo ni alucinaciones. Mostraba una adaptación magnífica, pero no dejaba de reimplementar características de sistemas operativos para su clase de programación. Lo único que la mantenía con vida era un tubo de alimentación que los doctores habían logrado introducirle a la fuerza por la nariz tras atarla con correas.

Sus padres estaban furiosos. Vivían en un buen barrio de Calgary y siempre habían facilitado a su hija los mejores fármacos que el dinero podía pagar. ¿Cómo era posible que algo fallara en su cabeza?

Los doctores habían explicado a los periodistas que el caso tenía todas las características propias de uno de abuso de drogas. El cerebro de aquella fanática del trabajo mostraba un claro patrón de adicción. El ciclo de placer y recompensa, que lanzaba neurotransmisores del mesencéfalo al córtex cerebral,

echaba chispas. Dicha química cerebral era extraordinaria, ya que hacía que su cerebro tuviese el aspecto de uno que llevaba años adicto al trabajo. Estaba configurado a la perfección para esa recompensa específica, con patrones en los receptores de dopamina que, en casos normales, solían aparecer tras años de adicción. Pero la familia y los amigos de la estudiante afirmaban que jamás había padecido el problema hasta hacía unas pocas semanas.

Era el tema perfecto para una noticia viral en la sección de misterios médicos del canal Maravillas sin par. Pero se había vuelto tan popular que ahora incluso aparecía en los módulos de noticias más destacadas.

Jack Chen se despegó las gafas de la cara, las desactivó y las metió a presión en el bolsillo frontal del mono. Llevaba tanto tiempo trabajando de cara al sol que tenía la piel blanquecina alrededor de los ojos pardos. Lucía el moreno de una granjera, como el de su padre tras un largo día de trabajo con las gafas en los campos de colza, donde observaba cómo las diminutas flores amarillas emitían datos con información climática. Jack pensó que quizá todas las generaciones de los Chen habían tenido aquel moreno de granjero. Se remontaba a los días en que sus trastatarabuelos habían cruzado el Pacífico desde Shenzhen y habían comprado una franquicia agrícola en las llanuras, a las afueras de Saskatoon. Había cosas que no cambiaban nunca por muy lejos que estuviera de casa.

Pero otras sí. Jack estaba sentada con las piernas cruzadas en medio del Ártico sobre el casco de su submarino, que contaba con una invisibilidad insólita y en cierta manera sorprendente. A unos cientos de kilómetros sobre la superficie, allá donde vagaban los satélites, el índice de refracción negativo del submarino curvaba la luz de tal modo que Jack parecía flotar de manera inusitada sobre las olas. Sobre las aguas resplandecientes que tenía alrededor, se desplegaba una ondulante cubierta de paneles solares no reflectantes. Jack cerró el puño y la batería solar se replegó por un hueco para luego desaparecer bajo un panel del casco.

Las baterías del submarino estaban cargadas, el tráfico de la red estaba oculto bajo una amalgama de datos legítimos y disponía de una bodega llena de fármacos. Había llegado el momento de sumergirse.

Abrió la escotilla y descendió de golpe por la escalerilla hasta la sala de control. Un tenue brillo verde surgió a intervalos de las paredes a medida que las colonias de bacterias se despertaban para iluminar el camino. Jack se detuvo ante una maraña de conductos que había en el techo. Oportunamente, se materializó ante sus ojos una ventana de comandos, los fotones se agruparon para formar la silueta de una pantalla gracias a miles de proyectores que flotaban en el aire. Abrió el sistema de navegación con un movimiento de la mano y cambió la ruta para evitar las saturadas líneas de transporte marítimo. Se dirigía hacia un estrecho relativamente tranquilo en la costa del Ártico, más allá del mar de Beaufort, lugar en el que el agua dulce se encontraba con el mar y creaba una vasta e intrincada red de ríos e islas.

Pero a Jack le costaba concentrarse en las tareas rutinarias que tenía pendientes. Había algo en aquella noticia de adicción al trabajo que la inquietaba. Volvió a fijarse las gafas sobre los ojos y se zambulló en el menú de canales. Pasó la vista sobre una serie de comandos y buscó más información. «El caso de la fanática del trabajo apesta a fármacos del mercado negro» anunciaba un titular. Jack respiró hondo. ¿Acaso aquel titular sensacionalista estaba relacionado con el lote de Zacuidad que había llevado a Calgary el mes pasado?

La bodega del submarino tenía veinte cajas de fármacos recién pirateados. Entre las terapias para mutaciones genéticas y control bacteriológico había cajas de Zacuidad clónico, la nueva pastilla superventas de la inteligencia que todo el mundo ansiaba. Técnicamente todavía no estaba en el mercado, por lo que la demanda había subido como la espuma. Además, la fabricaba Zaxy, la compañía propietaria de Listifex, Brillacente y otros fármacos populares de rendimiento cognitivo. Jack había conseguido una versión de prueba gracias a un ingeniero de la

mayor empresa de fabricación de Vancouver, Gran Producción de Mercancías. Como muchas empresas de biotecnología, Gran Producción distribuía nuevos potenciadores de atención en la comida de sus empleados. Los anuncios previos al lanzamiento afirmaban que Zacuidad ayudaba a todo el mundo a realizar su trabajo mejor y más rápido.

Jack había decidido no probar Zacuidad. No necesitaba drogas para que su trabajo fuera emocionante. El ingeniero que le había facilitado la versión de prueba describió los efectos con términos cercanos a la religión. Tan solo había que ponerse la pastilla bajo la lengua y el trabajo empezaba a dar buenas sensaciones. No solo mejoraba la concentración, te ayudaba a disfrutar de la faena. Uno no podía dejar de pensar en volver al teclado, a la placa, a la mesa táctil, al laboratorio, a la impresora 3D. Cuando consumías Zacuidad, el trabajo te proporcionaba una especie de satisfacción visceral irremplazable. Algo perfecto para una empresa como Gran Producción, en la que los nuevos productos tenían fechas de reparto muy ajustadas y los asesores a veces tenían que hackear un *hardware* por completo en una semana. Bajo los efectos de Zacuidad, uno conseguía una sensación similar a la de terminar un buen trabajo. No había miedos ni lamentos por creer que quizá no contribuías a crear un mundo mejor al fabricar otro amasijo de átomos conectados en red. La recompensa por terminar algo era tan intensa que uno no podía evitar retorcerse en la lujosa silla de oficina, agarrarse con fuerza al escritorio de espuma y respirar hondo durante un minuto o más. Pero no era como un orgasmo, ni de lejos. Quizá era mejor describirlo como una sensación física perfeccionada. Una que podías sentir en el cuerpo, pero era, sin duda alguna, mejor que nada que las terminaciones nerviosas pudieran percibir equivalentes a estímulos del mundo físico. Tras una jornada de trabajo bajo los efectos de Zacuidad, lo único que deseabas era terminar otro proyecto para Gran Producción. No costaba entender la razón de que aquella mierda vendiera tantísimo.

Pero quedaba un problemilla por resolver que ella había ignorado hasta ahora. Zaxy no hacía pública la información

de sus experimentos clínicos, por lo que era imposible conocer los efectos secundarios. Normalmente a Jack no le importaría un drogadicto flipado cualquiera que saliera en las noticias, pero este era muy específico. No podía pensar en cualquier otra sustancia popular que provocara que alguien se volviera adicto al trabajo. Claro que el comportamiento obsesivo de la estudiante podía haberse disparado por alguna variante de un estimulante de jardín. Pero entonces no sería un misterio médico, ya que los doctores hubieran encontrado las pruebas del estimulante en su sistema de inmediato. Jack tenía la cabeza hecha un lío, como si ella misma hubiera ingerido una neurotoxina especialmente dañina. Si esta droga era la Zacuidad que había pirateado, ¿cómo había llegado a pasar esto? ¿Sobredosis? ¿Quizá la estudiante la había mezclado con otra droga? ¿O Jack se había cargado la ingeniería inversa y había creado algo horrendo?

Jack sintió una agitación de miedo que le trepaba desde las piernas y pasaba por la base de su espina dorsal. Pero... ese escalofrío no era solo una reacción involuntaria y psicósomática a las noticias. El suelo vibraba ligeramente, aunque ella aún no había puesto en marcha los motores. Se quitó las gafas y se fijó en que alguien estaba dando golpes por la bodega, justo tras la cubierta que tenía delante. Pero ¿qué cojones? Había una escotilla de emergencia a popa, pero ¿cómo...? No tenía tiempo para recordar si había olvidado cerrar las compuertas. Con un giro brusco de la cabeza, Jack insufló energía al sistema del perímetro, que los tensos nanocables conectaban con nervios sensoriales justo bajo la superficie de su piel. Entonces desabrochó la funda de su cuchillo. Por cómo pintaba aquello, solo era una persona, que sin duda trataba de llevarse lo que pudiera meter en la mochila. Tan solo un adicto o alguien realmente desesperado sería tan estúpido.

Abrió la puerta de la bodega de carga en silencio, deslizándose al interior con el cuchillo listo. Pero la escena que encontró no era la que esperaba. En vez de un patético ladronzuelo, descubrió a dos: un tipo con piel escamosa y pelo apelmazado,

un cortocircuitado, y su robot, que sostenía una bolsita de medicamentos. El bot era algo desagradable, unido con piezas diferentes que el ladrón había ido recogiendo de cualquier lugar, la capa de piel estaba casi frita en algunos sitios, pero todavía era un peligro. No había tiempo para considerar una opción no letal. Con un gesto que había practicado muchas veces, Jack lanzó el cuchillo directamente a la garganta del hombre. Dirigida por un algoritmo que reconocía partes del cuerpo, la cuchilla atravesó la tráquea y se hundió en la arteria. El cortocircuitado se derrumbó, ahogándose con el acero mientras borbotones de sangre, aire y mierda salían del cuerpo agonizante.

En un veloz movimiento, Jack sacó el cuchillo y encaró al bot. Este lo miró con la boca abierta, como si estuviera procesando un programa repleto de errores. Y seguro que así era. Eso sería bueno para Jack, ya que hacía posible que no le importara quién daba las órdenes siempre y cuando fueran concisas.

—Dame la bolsa —dijo, por probar, con la mano extendida.

La bolsa estaba llena de cajitas con sus medicamentos. El bot se la entregó de inmediato, con la boca todavía abierta. Había sido construido para imitar a un joven adolescente, aunque era posible que fuera muchísimo mayor. O muchísimo más joven.

Por lo menos no tendría que matar a dos seres aquel día. Y quizá sacaría a un buen bot de todo el asunto, si su colega botadmin en Vancouver lo toqueteaba un poco. Le echó un segundo vistazo y la capa de piel no le pareció tan mala, al fin y al cabo. No podía ver componentes si miraba a través de ella, aunque tenía rasguños y salpicones de sangre por algunos sitios.

—Siéntate —le ordenó, y él se sentó allí mismo, en el suelo de la bodega de carga, con las piernas plegadas como si fueran vigas electromagnéticas que de pronto habían perdido la carga de unión. El bot lo miró con ojos vacíos. Jack se ocuparía de él más tarde. Ahora mismo tenía que hacer algo con el cuerpo de su dueño, que todavía sangraba en el suelo. Metió las manos

bajo las axilas del cortocircuitado y arrastró el cadáver a través de la compuerta de popa hasta la sala de control, dejando al bot encerrado en la bodega. De todos modos, no había mucho que el bot pudiera hacer ahí dentro por sí solo, dado que todos sus medicamentos estaban diseñados para humanos.

Al descender una estrecha escalera en espiral estaba su laboratorio, que también funcionaba como cocina. Una impresora de alta definición dominaba una esquina de la sala, con tres superficies unidas para trabajar con distintos materiales: metales, tejidos y espuma. Con una versión más pequeña del panel proyector que tenía en la sala de control, Jack colocó los cabezales de espuma endurecida para sacar dos bloques de cemento, repletos de agujeritos para atarlos a los pies del cortocircuitado muerto con la mayor facilidad posible. Al mismo tiempo que le bajaban los niveles de adrenalina, observó los cabezales moverse en la base de la impresora, construyendo capa tras capa de roca gris mate. Limpió el cuchillo en el fregadero y volvió a enfundarlo antes de darse cuenta de que estaba cubierta de sangre. Incluso tenía la cara pegajosa del líquido rojo. Llenó el fregadero con agua y rebuscó por la habitación en busca de un estropajo.

Soltó los enlaces moleculares de su mono con un gesto de los hombros y Jack sintió que la tela se dividía en pliegues invisibles para caer en un montoncito a sus pies. Bajo una ropa térmica de un gris anodino, su cuerpo conservaba casi la misma forma que había tenido las últimas dos décadas. El cabello negro recogido mostraba unas pocas canas. Uno de los éxitos de ventas de Jack era una reproducción molécula a molécula de la droga de longevidad Vive, y ella siempre comprobaba la calidad de su propio trabajo. Vaya, que ella siempre las había analizado... hasta Zacuidad. Jack se frotó la cara y trató de enjuagarse los dos horrores a la vez: un hombre muerto arriba y una estudiante en Calgary en peligro por algo que se parecía mucho a la Zacuidad del mercado negro. Goteó agua sobre la encimera y observó los bloques de cemento crecer alrededor de los huecos centrales.

Jack tenía que admitir que se había vuelto torpe. Cuando realizó la ingeniería inversa de la Zacuidad, la estructura

molecular era casi exactamente igual a la que había visto en muchísimos otros medicamentos de productividad y lucidez, por lo que no se había molestado en investigar más. Por supuesto, sabía que Zacuidad podía tener ligeros efectos secundarios indeseados. Pero los trabajos con estos medicamentos subvencionaban su trabajo real con antivirales y terapias génicas, medicinas que salvaban vidas. Necesitaba la pasta rápida de las ventas de Zacuidad para seguir regalando unidades de los otros medicamentos a personas que las necesitaban con urgencia. Era verano y una nueva plaga arrasaba el Pacífico desde la Unión Asiática. No podía perder más tiempo. La gente sin créditos comenzaría a morir pronto y a las compañías farmacéuticas no les importaba una mierda. Por eso Jack se apresuró a vender aquellas miles de dosis de Zacuidad sin analizar por toda la Zona de Comercio Libre. Ahora tenía una buena carga de medicamentos de calidad, pero aquello apenas tenía importancia. Si ella había causado el colapso de la estudiante con la droga, Jack la había cagado a todos los niveles posibles, desde el científico hasta el ético.

Con un pitido, la impresora abrió la puerta para dejar a la vista dos ladrillos de cemento perforado. Jack los subió al piso superior, preguntándose todo el rato por qué había decidido acarrear tanto peso con sus propias manos.